

JUAN NEGRO

P O E M A S E N P R O S A

EGLOGA

EL SALTAMONTES guarda ágiles historias en los latidos de sus piernas. La del orégano sutil, la de la pálida hierbabuena, y la del sapo cuyos hijos perdieron muy pronto el cascabel. Es como para desgañitarse oírlo contar, mientras que va pasando lentamente los bigotes por sobre la fresca sustancia de un musgo. Pero luego decide partir una vez más por el callente campo en siesta, y nos deja allí abandonados con nuestras oscuras historias que nunca hemos podido relatar a nadie.

EL UNICO PAN

Yo que no tengo sino estas angostas ventanas que miran hacia la muerte, suelo afanarme en aparentar un poder sin nombre, una caída cruel, un vuelo de Ícaro.

¡Caída, el que nunca se ha alzado más que una hormiga! ¡Ícaro, el que nació con las plumas derretidas! Y mi único poder consiste entonces en un vaso de espumas, en un corazón de humo, y en ir cazando en las brisas que pasan el vilano mejor, el mendrugo de un verbo, la débil noticia que suele conducirme hacia donde Venus dejó escondida su lapa sin perla.

TEMBLADERA

Hay días en que ninguna palabra desea recostarse sobre el papel tranquilo. Y entonces te busco a tientas y marco las cuartillas con tus cabellos, las macero con tu olor a cuerpo de perdiz, y coloco los silencios como si fueran besos en tu piel.

"¡De nuevo la añagaza!", me grito entonces.

Y procuro salir apresuradamente de mi propia canción. Pero me veo sumido en una tembladera que me va atrapando más y más; me escucho tratabillando en el vacío, enredado en ti, perdido en no sé qué laberintos vagos.

Y con los ojos espantosamente llenos de fango y de amor.

PAJARO DE PIEDRA

También yo he solido alzarme de las cenizas como ese pájaro que es una leyenda de los humanistas y de los arqueólogos.

Pero también soporto la melancolía de los Lázaros sin Dios, de las fontanas sin nenúfar, de los ardientes sin amor. Y entonces me veo como a la orilla de un río caudaloso, sin saberme entregar por entero a sus aguas. Y dolientemente escucho baladas que nunca sabré decir, y cuando voy a coger una poma tacto humo.

¡Ay, es duro llevar a cuestras una losa, allí donde sólo debería haber alas!

MAGIA

Aprendiz de mago, supe recoger la yerba hechicera y la sabandija que regula el porvenir. Y las maceré a fuerza de dientes y de brincos, con un frenesí que me hizo caer enloquecido durante meses. Caer enloquecido. Porque yo sostengo que con la locura se cae, ya que nunca se llega por medio de ella hasta la magia o el milagro. Y menos aún hasta la Poesía. Siendo ésta el único resultado de una encina sana, de un violín mozo, o de cinco o seis acrolitos que juegan al billar en una noche grande.